

Rocher

(Pàgines 48, 49, 50)

Aquesta és la setena entrega d'una mena de memòries i vivències escrites per Francisco Puig en distints moments de la seua vida. Francisco, més conegut per Quiquet de Sorolla, en esta ocasió ens parla de la fira de Sant Andreu i les festes de Tots Sants, Nadal i Sant Antoni. Un veritable exercici etnològic per entendre el present. Com sempre, la transcripció que hi faig és literal de l'original.

Por San Andrés, o sea, 21 27, 28 o 29 de noviembre se celebraba una fiesta muy concurrida con asistencia de muchos forasteros. En esta fiesta se vendía de todo, desde aperos de labranza hasta alhajas, turrone, pastas caseras, butifarras, carne de tocino, etc. Durante estos tres días de feria y la temporada de invierno se representaban funciones tatrales por una compañía de muy buenos aficionados, de todos merece que hagamos mención de los artistas: un tío mío llamado Vicente Puig, pues nunca se ha visto nadie del pueblo como a este hombre para hacer reír. Diré algunas de las funciones que se representaban: "El tonto del panerot", "La matanza del cerdo", "La tea de la discordia", "Carcasien y dolses", "El Tío Cabila", "Don Juan Tenorio", "La veu de la conciencia", "Tres roses en un pomell", "El soldado de San Marcial", "Monje y emperador" y otras muchas. La festividad de Todos los Santos se celebraba con gran devoción, la noche de ánimas, en todas las casas se dejaba un candil encendido toda la noche, las campanas repicaban de cuando en cuando a entierro general, y al oír esos lúgubres sonos, los niños estábamos amedrantados. Hay que decir que en aquellos tiempos de primeros de siglo hasta 1920-30, la iglesia no estaba como ahora, el pavimento era de ladrillos toscos del país, pues el que hay se colocó por el año 1931 y lo pagó Don Cristóbal Miravet, hijo. El



zócalo de la capilla lo pagó Don José Martí.

La iglesia estaba muy oscura, aún de día, y la capilla oscura del todo. Esto unido al fervor o fe que entonces existía, con todo esto tan lúgubre, parecía que había más devoción, delante del altar

Mayor se colocaba un tómulos de las almas y a los niños nos causaba gran temor.

Por esos días solía llover mucho, después de la feria de San Andrés, a principios de diciembre, los que se habían criado el cerdo en casa, si este tenía el peso requerido, lo sacrificaban, y así tenían carne y morcillas para Navidad.

Las fiestas de Navidad se pasaban muy familiarmente, y con poco jaleo de diversiones. A la misa de medianoche acudía mucha gente, y al final de la misa solían tocar la jota, y hasta la chiquillería solía bailar.

Al salir de misa la gente joven se solía reunir y hacía una abundante comilona consistiendo en abundante

carne de carnero o de cerdo frita.

Se hacía esa comilona al salir o a la una del mediodía, porque el 24, o día anterior, era ayuno, por eso la gente lo respetaba.

El día de Navidad los niños iban a pedir el aguinaldo a casa de los abuelos, padrinos y amistades, consistiendo éste en algún pastel, "siñoretas", margallons y algunas perricas o céntimos (de esto poco).

Hasta San Antonio sólo había como fiesta distinguida el principio de año, que solía ser como el día de Navidad. Después de esta fiesta llegaba el 17, San Antonio, y entonces gran fiesta, jolgorio y comilonas.

Casi siempre traían a vender pechinas en abundancia, las cuales se comían asadas en las hogueras de las calles. Hogueras hacían en muchas bocacalles, pero la que hacían en la plaza era grandísima, tanto que a veces el rescoldo duraba 6 u ocho días.

Como todos los años, el Santo tenía mayoresales,